

The background of the cover is a photograph of a woman with long, reddish-brown hair lying face down in a field of tall grass. She is wearing a dark, possibly black, top. In the background, there is a cemetery with many tombstones and trees, all under a hazy, overcast sky. The overall color palette is dominated by greens and blues, with a slightly desaturated, cinematic feel.

# Elizabeth GEORGE

Cuerpo  
de muerte

# Cuerpo de muerte

Elizabeth George

Traducción de Lucía Lijtmaer

**Rocaeditorial**

Título original: *This Body of Death*  
Copyright © 2010 by Susan Elizabeth George

Ésta es una obra de ficción. Los personajes, situaciones y diálogos son producto de la imaginación del autor y no están basados en la realidad. Cualquier parecido con personas actuales, vivas o muertas, es una coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: Lucía Lijtmaer  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-176-9  
Depósito legal: M. 36.073-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Gaylinnie



Los informes de los investigadores de la Policía que interrogaron a Michael Spargo y a su madre, antes de que se presentaran cargos contra ambos, sugieren que la mañana del décimo cumpleaños del chico comenzó muy mal. Si bien dichos informes podrían ser considerados sospechosos, teniendo en cuenta la naturaleza del crimen cometido por Michael y la fuerte animosidad que sentían hacia él tanto la Policía como los miembros de su comunidad, no se puede ignorar el hecho de que el extenso documento redactado por el asistente social que le acompañó durante los interrogatorios y el juicio posterior revela la misma información. Siempre habrá detalles que no estén disponibles para el estudioso de abusos infantiles, disfunción familiar y la psicopatología que esos abusos y esa disfuncionalidad acaban por provocar, pero los hechos relevantes no se pueden ocultar, porque serán necesariamente presenciados o experimentados de manera directa por aquellas personas que entren en contacto con estos individuos cuando manifiesten —ya sea de manera consciente o inconsciente— sus perturbaciones mentales, psicológicas y emocionales. Ése era precisamente el caso de Michael Spargo y su familia. Michael era el sexto de los nueve hijos varones de la familia. Contra dos de estos chicos (Richard y Pete, que entonces tenían dieciocho y quince años), y también contra su madre, Sue, se había dictado una

ASBO<sup>1</sup> como consecuencia de los permanentes altercados con sus vecinos, hostigamiento a los pensionistas que ocupaban las viviendas sociales, ebriedad en público y destrucción de propiedad pública y privada. En la casa de los Spargo no había un padre presente. Cuatro años antes de que Michael celebrase su décimo cumpleaños, Donovan Spargo había abandonado a su esposa e hijos para instalarse en Portugal con una viuda quince años mayor que él. Dejó una nota de despedida y cinco libras en monedas sobre la mesa de la cocina. Desde entonces no se le había visto ni se había sabido nada de él. Tampoco asistió al juicio de Michael.

14

Sue Spargo, cuyas habilidades para conseguir un empleo eran mínimas y cuya educación se limitaba al fracaso en aprobar todos sus GCSE,<sup>2</sup> reconoce sencillamente que «se entregó a la bebida» como resultado del abandono de su esposo y, en consecuencia, no pudo hacerse cargo de sus hijos a partir de ese momento. Antes de que se produjera la desertión de Donovan Spargo, la familia mantenía un aparente grado de estabilidad (como indicaban tanto los informes escolares como las pruebas testimoniales proporcionadas por los vecinos y la Policía local), pero una vez que el cabeza de familia abandonó el hogar, no pasó mucho tiempo antes de que se revelase cualquier disfunción que hubiese permanecido oculta hasta entonces a los ojos de la comunidad.

La familia vivía en Buchanan Estate, un lúgubre y sombrío conjunto de bloques grises de apartamentos

1. Anti-Social Behaviour Orders: es un instrumento judicial y social empleado en Gran Bretaña para controlar el comportamiento antisocial menos grave. Hacer caso omiso de esta orden del juez puede ser causa de prisión. *(Todas las notas son de la traductora.)*

2. General Certificate of Secondary Education, certificado académico que se concede para cada una de las asignaturas de la Educación Secundaria Obligatoria.

de hormigón y acero y casas adosadas sin ningún atractivo en una zona de la ciudad llamada acertadamente Gallows, conocida por las peleas callejeras, los atracos, los robos violentos en los coches y los allanamientos en las casas del vecindario. El asesinato no era un hecho frecuente en esta parte de la ciudad, pero la violencia era una actividad cotidiana. Los Spargo se encontraban dentro del grupo de habitantes más afortunados. Debido al extenso número de sus miembros vivían en una de las casas adosadas, y no en uno de los altos edificios de apartamentos. En la parte posterior de la casa había un jardín y un espacio razonable de tierra en la parte delantera, aunque nadie se ocupara de plantar nada en ellos. La casa constaba de sala de estar y cocina, cuatro habitaciones y un baño. Michael compartía habitación con sus hermanos pequeños. Eran cinco en total, distribuidos en dos literas. Tres de los hermanos mayores compartían otra habitación contigua, mientras que sólo Richard, el primogénito, disponía de habitación propia. Este privilegio parecía estar relacionado con la propensión de Richard a cometer actos violentos contra sus hermanos pequeños. Sue Spargo también tenía una habitación sólo para ella. Curiosamente, durante los interrogatorios repitió en varias ocasiones que cuando alguno de los chicos caía enfermo se lo llevaba a dormir con ella y «no con ese gamberro de Richard».

El día del décimo cumpleaños de Michael, la Policía local recibió una llamada poco antes de las siete de la mañana. La violencia de una disputa familiar había aumentado hasta el extremo de preocupar a los vecinos cuando los ocupantes de la casa contigua a la vivienda de los Spargo intentaron intervenir para apaciguar los ánimos. Más tarde declararon que su intención sólo era restablecer la paz y la tranquilidad. Esta declaración contradecía la afirmación de Sue Spargo de que los vecinos atacaron a sus hijos. Sin embargo, una cuidadosa lectura de la posterior



entrevista con la Policía indica que se había iniciado una pelea entre Richard y Pete Spargo en el pasillo de la planta superior de la casa cuya causa había sido la lentitud de este último en dejar libre el cuarto de baño. El posterior ataque de Richard a Pete fue brutal, ya que era más grande y fuerte que su hermano de quince años. Esta situación provocó que Doug, de dieciséis, acudiera en ayuda de Pete, una intervención que aparentemente hizo que Richard y Pete se aliaran para atacar a Doug. Para cuando Sue Spargo intervino en la refriega, los tres hermanos ya bajaban las escaleras. Cuando todo parecía indicar que ella también sufriría el ataque de Richard y Pete, su hijo de doce años, David, intentó protegerla con un cuchillo de carnicero que había cogido de la cocina, donde presuntamente se hallaba para prepararse el desayuno.

16

Fue en este punto cuando los vecinos decidieron intervenir, despertados por el ruido que traspasaba las paredes mal aisladas de las casas contiguas. Por desgracia, los vecinos —tres en total— acudieron a la casa de los Spargo armados con un palo de críquet, una barra de hierro para desmontar neumáticos y un martillo y, según el relato de Richard Spargo, fue la visión de estos objetos lo que le enardeció. «Iban a por la familia», fue su declaración expresa, las palabras de un muchacho que se consideraba a sí mismo como el hombre de la casa y cuya obligación era proteger a su madre y a sus hermanos pequeños.

Michael Spargo se despertó con aquel caos. «Richard y Pete estaban peleando con mamá», refiere en su declaración. «Podíamos oírlos, los pequeños y yo, pero preferimos no meternos.» Michael señala que no estaba asustado, pero cuando se le interrogó quedó claro que hizo todo lo posible por dejar a sus hermanos mayores el camino libre a fin de evitar «que me golpearan si los miraba mal». Que no siempre fuese capaz de evitar los golpes es un hecho confirmado por sus maestras, tres de las cuales informaron a los asistentes

sociales de magulladuras, arañazos, quemaduras y, al menos, un ojo a la funerala. Más allá de una única visita a la casa de los Spargo, sin embargo, en los informes no se incluye ninguna otra información. El sistema, aparentemente, estaba desbordado.

Algunos indicios sugieren que Michael perpetuó este abuso con sus hermanos más pequeños. De hecho, a partir de la información recogida, en una ocasión en la que cuatro de los chicos fueron puestos bajo la custodia del estado, a Michael se le asignó la responsabilidad de procurar que su hermano Stevie no «mojara la cama». Al carecer de recursos para saber cómo llevar a cabo esta tarea, Michael al parecer propinaba palizas de forma regular al crío de siete años, quien, a su vez, descargaba su ira en sus hermanos más pequeños.

No se sabe si Michael maltrató a alguno de sus hermanos más pequeños aquella mañana. Él sólo dice que, una vez que la Policía llegó a la casa, salió de la cama, se vistió con el uniforme del colegio y bajó a la cocina con la intención de desayunar. Sabía que era su cumpleaños, pero no esperaba que nadie se acordase de ello. «No me importaba, ¿de acuerdo?»; explicó a la Policía.

El desayuno consistía en cereales azucarados y bollos rellenos de mermelada. No había leche para añadir a los cereales —Michael señaló esta circunstancia en dos ocasiones durante las primeras entrevistas—, de modo que los comió solos, sin nada, y dejó la mayor parte de los bollos para sus hermanos pequeños. Guardó uno en el bolsillo de su anorak color mostaza (tanto el bollo relleno como el anorak se convirtieron en elementos cruciales a medida que avanzaba la investigación) y se marchó de la casa a través del jardín trasero.

Michael dijo que su intención era dirigirse directamente al colegio y, en el curso de su primera entrevista con la Policía, afirma que así fue. Esta versión no cambió hasta que no hubo leído la declaración hecha

de su maestra, en la que se confirmaba su ausencia en clase; entonces Michael cambió la versión de su historia para confesar que se adentró en los huertos de cultivo, un paisaje típico en Buchanan Estate, situados detrás de la casa de los Spargo. Una vez allí, «podría haberle dicho cuatro cosas al viejo cabrón que estaba trabajando en un huerto de hortalizas» y «podría haber echado abajo a patadas la puerta de un cobertizo o algo así», donde «podría haber cogido unas tijeras de podar, sólo que no me las quedé, nunca me las quedo». El «viejo cabrón» en cuestión confirma la presencia de Michael en ese lugar a las ocho de la mañana, aunque resulta dudoso que esos pequeños cercados de cultivos despertasen algún interés en el chico, quien al parecer se dedicó unos quince minutos a «pisotearlos», según la declaración del pensionista, hasta que «le leí la cartilla. Me insultó como un pequeño gamberro y se largó de allí».

18

Luego, supuestamente, Michael se marchó en dirección al colegio, situado aproximadamente a un kilómetro de Buchanan Estate. Fue en algún punto de este trayecto, cuando se encontró con Reggie Arnold.

Reggie Arnold y Michael Spargo no se parecían en nada. Mientras que Michael era alto para su edad y flaco como un palillo, Reggie era bajo y grueso y mantenía la gordura propia de los bebés. Llevaba la cabeza completamente rasurada, lo que era objeto de un número considerable de bromas en el colegio (generalmente se referían a él como «ese jodido calvo»), pero, a diferencia de Michael, su ropa solía estar limpia y en buen estado. Sus profesores coinciden en que Reggie era «un buen chico pero con mal genio» y, cuando se les insistió sobre este punto, tendieron a identificar la causa de su carácter irritable con «los problemas entre su padre y su madre, y también el problema con su hermana y su hermano». A partir de estas declaraciones, probablemente sea correcto suponer que la inusual naturaleza del matrimonio Arnold, además de la minusvalía de su hermano mayor y la incapacidad

mental de la hermana pequeña, hayan colocado a Reggie en una posición delicada para hacer frente a los desafíos de la vida cotidiana.

Rudy y Laura Arnold, todo sea dicho, habían tenido que afrontar una situación muy difícil. Su hijo mayor estaba confinado a una silla de ruedas a causa de una grave parálisis cerebral y su hija había sido declarada no apta para recibir la educación escolar normal. Estos dos condicionantes de la vida de los Arnold tuvieron el efecto simultáneo de concentrar prácticamente toda la atención de los padres en los dos hijos problemáticos y cargar con lo que ya era un matrimonio bastante frágil en el que Rudy y Laura se habían separado una y otra vez. Finalmente, Laura tuvo que hacerse cargo de la familia sola.

Era poco probable que Reggie, atrapado en medio de tales penosas circunstancias familiares, recibiese mucha atención de sus padres. Laura confiesa sin esfuerzo que «no hizo lo correcto con el chico», pero su padre afirma que «lo recibió en su piso cinco o seis veces», en aparente referencia al hecho de cumplir con sus obligaciones paternas durante esos periodos en los que su esposa y él vivían separados. Como es fácil imaginar, la necesidad no satisfecha de Reggie de recibir una educación normal se transformó en intentos frecuentes de obtener la atención de los adultos. En las calles mostraba esta necesidad a través de pequeños hurtos y abusando de vez en cuando de los chicos más pequeños; en clase su conducta era mala. Este comportamiento, lamentablemente, era atribuido por sus profesores al antes mencionado «mal genio» y no al grito de ayuda que realmente era. Cuando se sentía frustrado, Reggie era propenso a lanzar su pupitre, golpearse la cabeza contra él y contra las paredes, para luego caer al suelo preso de un ataque de cólera.

El día del crimen, los informes dicen —y las imágenes de las cámaras de videovigilancia así lo confirman— que Michael Spargo y Reggie Arnold se encon-

traron en la tienda de la esquina próxima a la casa de los Arnold y en la ruta que seguía Michael para ir al colegio. Los dos chicos se conocían y obviamente habían jugado juntos en el pasado, si bien hasta ese momento eran desconocidos para los padres respectivos. Laura Arnold declara que había enviado a Reggie a la tienda en busca de leche y el dueño confirma que Reggie compró medio litro de leche semidesnatada. Al parecer, Reggie también robó dos barras de Mars «por diversión», según Michael.

Michael se unió a Reggie. En el camino de regreso a la casa de los Arnold, los dos chicos decidieron prolongar la diversión abriendo el cartón de leche y vertiendo su contenido en el depósito de gasolina de una Harley-Davidson, una travesura malvada presenciada por el dueño de la moto, quien les persiguió sin éxito. El hombre recordaría más tarde el anorak color mostaza que llevaba Michael Spargo y, si bien no fue capaz de identificar a ninguno de los dos chicos por su nombre, reconoció una fotografía de Reggie Arnold entre otras cuando se la enseñó la Policía.

20

Al llegar a su casa sin la leche que le habían enviado a comprar, Reggie le dijo a su madre —con Michael Spargo en calidad de testigo putativo— que había sido intimidado por dos chicos que le robaron el dinero con el que debía comprar la leche. «Se echó a llorar y empezó a darle uno de sus ataques —informa Laura Arnold—. Y yo le creí. ¿Qué otra cosa podía hacer?» Ésta es, sin duda, una pregunta pertinente, ya que, con su esposo ausente y considerando que intentaba cuidar sin ayuda de dos hijos discapacitados, la pérdida de un cartón de leche, no importa cuán necesario fuera aquella mañana, habría sido una cuestión de escasa importancia. Ella, no obstante, quiso saber quién era Michael Spargo, y le hizo esa pregunta a su hijo. Reggie le identificó como un «compañero del colegio» y se llevó a Michael para cumplir con la siguiente orden de su madre, que era evidentemente sacar a su hermana de la cama. Para entonces ya eran

casi las ocho cuarenta y cinco y, si los chicos planeaban ir al colegio, iban a llegar tarde. Ellos sin duda lo sabían, ya que en la entrevista de Michael se detalla la discusión que Reggie mantuvo con su madre después de que ella le diera instrucciones: «Reggie comenzó a lloriquear diciendo que llegaría tarde al colegio, pero a ella no parecía importarle. Le dijo que moviera su culo hasta el piso de arriba y despertara a su hermana. También le dijo que debía rezar a Dios y agradecerle que no fuese como los otros dos», con lo que probablemente se refería a las discapacidades de sus hermanos. Este último comentario de Laura Arnold parece una frase trillada.

A pesar de la orden de su madre, Reggie no fue a buscar a su hermana. En lugar de eso, le contestó que «se fuera a tomar por aquello» (éstas son palabras de Michael, ya que Reggie parece haber sido más directo) y los dos chicos abandonaron la casa. Al llegar a la calle, vieron a Rudy Arnold, quien, durante el tiempo que ambos habían pasado en la cocina con Laura, había llegado en coche y estaba «holgazaneando como si tuviese miedo de entrar». Reggie y Rudy intercambiaron unas pocas palabras, posiblemente muy desagradables, al menos por parte de Reggie. Michael afirma que le preguntó quién era ese hombre, asumiendo que se trataba del «novio de su madre o algo así», y Reggie le dijo que ese «estúpido cabrón» era su padre y acompañó esta declaración con un pequeño acto de vandalismo: cogió una cesta para la leche del portal de un vecino, la lanzó a la calle y luego saltó sobre ella hasta destrozarla.

Según Michael, él no tomó parte en el destrozo. Su declaración sostiene que en ese momento tenía toda la intención de ir al colegio, pero que Reggie anunció que estaba «haciendo novillos» y que «se lo estaba pasando de puta madre por una vez». Fue Reggie, dice Michael, quien tuvo la idea de incluir a Ian Barker en lo que habría de suceder más tarde.

Con apenas once años, Ian Barker ya había sido ca-

22

lificado como «tarado, difícil, problemático, peligroso, *borderline*, irascible y psicópata», dependiendo del informe que uno leyera. En aquel momento, Ian era el hijo único de una madre de veinticuatro años (la identidad de su padre es desconocida hasta el día de hoy), pero se le había hecho creer que esa mujer joven era su hermana mayor. Al parecer había estado muy unido a su abuela, de quien naturalmente suponía que era su madre, pero aparentemente odiaba a la chica que creía era su hermana. Cuando tenía nueve años consideraron que ya era lo bastante mayor como para conocer la verdad. Sin embargo, Ian no se tomó muy bien aquella verdad, sobre todo porque la supo inmediatamente después de que a Tricia Barker le dijese que abandonase la casa de su madre y se llevara a su hijo con ella. La abuela de Ian dice ahora que estaba haciendo todo lo posible «para aplicar por fin mano dura. Yo quería que ambos se quedaran —el niño y Tricia también— siempre que la chica trabajase, pero ella no quería atarse a ningún empleo y sólo quería ir de fiesta, estar con sus amigos, siempre fuera de casa. Pensé que si tenía que criar a su hijo sola, cambiaría de actitud».

Pero no lo hizo. Por cortesía del Gobierno, Tricia obtuvo un lugar donde vivir, si bien el piso era muy pequeño y se vio obligada a compartir una habitación diminuta con su hijo. No cabe duda de que fue en esa habitación donde Ian fué testigo de los encuentros sexuales de su madre con diferentes hombres y, al menos en cuatro ocasiones, con más de un hombre. Es importante señalar que Ian no se refiere habitualmente a ella como su madre y tampoco como Tricia, sino usando términos peyorativos tales como «escoria, cabrona, basura, puta y miserable». En cuanto a su abuela, jamás habla de ella.

Michael y Reggie no parece que hubieran tenido ningún problema en localizar a Ian Barker aquella mañana. No fueron a su casa —según Reggie «su madre estaba borracha la mayor parte del tiempo e insultaba a la

gente que se acercaba a su puerta»—, sino que se toparon con él cuando estaba sacudiendo a un chico más pequeño de camino al colegio. Ian «había tirado la mochila del chico sobre la calzada» y estaba revolvien- do su contenido para encontrar algo de valor, pero sobre todo dinero. Al no encontrar nada que quitarle al chico, «Ian le empujó violentamente contra una casa —en palabras de Michael—, y fue a por él».

Ni Reggie ni Michael intentaron detener el ataque. Reggie dice que «no era más que un poco de diversión. Vi que Ian no iba a hacerle daño», mientras que Michael sostiene que «no pude ver exactamente lo que Ian pensaba hacer», una afirmación bastante dudosa, ya que los cuatro chicos estaban a plena luz del día. No obstante, cualesquiera que hayan sido las intenciones de Ian, no pasaron de allí. Un motorista se detuvo junto a ellos y les preguntó qué estaban haciendo, y los chicos se alejaron corriendo.

Se ha sugerido que el deseo de Ian de lastimar a alguien aquel día y su frustración al no conseguirlo fueron la causa de lo que ocurrió después. De hecho, al ser interrogado en este sentido, Reggie Arnold se mostró más que dispuesto a echarle la culpa a Ian. Pero mientras que, en el pasado, la ira de Ian le había llevado a cometer actos cuya censurable naturaleza hizo que se le odiase más que a los dos otros dos chicos, cuando finalmente se supo la verdad, la evidencia muestra en última instancia que fue un «participante igualitario» (el entrecomillado enfático es mío) en lo que sucedió a continuación.





JUNIO  
NEW FOREST, HAMPSHIRE



Sólo el azar la atrajo hacia su órbita. Más tarde pensaría que si no hubiese mirado hacia abajo desde el andamio en aquel preciso momento, si hubiera llevado a *Tess* directamente a casa y no al bosque aquella tarde, ella tal vez no habría entrado en su vida. Pero esa idea incluía la propia sustancia de lo que se suponía que debía pensar, que era una conclusión a la que sólo llegaría una vez que ya fuese demasiado tarde.

Era media tarde y el día estaba siendo muy caluroso. Junio generalmente descargaba torrentes de lluvia, y se burlaba así de las esperanzas de verano que cualquiera pudiese alentar. Pero este año el tiempo parecía anticipar algo diferente. Los días soleados en un cielo sin nubes prometían un julio y un agosto durante los cuales la tierra se cocería, y los extensos prados en el interior del Perambulation se tornarían marrones, lo que obligaría a los ponis del New Forest a adentrarse en los bosques en busca de forraje.

Estaba en lo alto del andamio y se preparaba para subir a la parte superior del tejado donde había comenzado a colocar la paja. La paja, al ser mucho más flexible y manejable que los carrizos que formaban parte del resto de los materiales, podía doblarse para crear el reborde. Algunos consideraban aquel dibujo festoneado y entrecruzado con palos de una manera decorativa el «detalle bonito» en una techumbre de paja. Para él era exactamente lo que era: el elemento que protegía la capa superior de carrizos de las inclemencias del tiempo y el daño de las aves.

Había llegado casi al final. Se estaba impacientando. Llevaban trabajando tres meses en ese enorme proyecto y había

prometido empezar otro al cabo de dos semanas. Aún había que completar el acabado y no podía dejar esa parte del trabajo en manos de su aprendiz. Cliff Coward aún no estaba preparado para usar las herramientas adecuadas en el tejado de paja. Ese trabajo era fundamental para el aspecto general del techo y exigía habilidad y un ojo correctamente entrenado. Pero no se podía confiar en Cliff para que realizara un trabajo de este nivel cuando, hasta el momento, no había conseguido concentrarse en las tareas más sencillas, como la que se suponía que debía estar cumpliendo ahora, que era llevar otros dos fardos de paja hasta allí arriba, como le había indicado. ¿Y por qué no había llevado a cabo todavía esta tarea tan sencilla?

Buscar una respuesta a esa pregunta era lo que alteraba la vida de Gordon Jossie. Se volvió desde lo alto del tejado al tiempo que gritaba: «¡Cliff! ¿Qué coño pasa contigo?», y vio debajo de él que su aprendiz ya no estaba junto a los fardos de paja, donde se suponía que debía estar, anticipándose a las necesidades del experto instalado en las alturas. En vez de eso, Cliff había ido hasta la polvorienta camioneta de Gordon, que se encontraba a unos metros de distancia. Allí estaba *Tess*, sentada en posición de firmes y agitando alegremente su frondosa cola mientras una mujer —una desconocida que parecía una visitante de los jardines, teniendo en cuenta el mapa que sostenía en la mano y la ropa que vestía— le acariciaba la cabeza dorada.

—¡Eh! ¡Cliff! —gritó Gordon Jossie.

El aprendiz y la mujer alzaron la vista.

Gordon no alcanzaba a ver su rostro con claridad a causa del sombrero que llevaba la mujer, de ala ancha, hecho de paja y que exhibía un pañuelo fucsia sujeto alrededor como si fuese una banda. El mismo color se repetía en el vestido, un vestido veraniego que dejaba al descubierto los brazos bronceados y las piernas largas igualmente bronceadas. Una pulsera de oro rodeaba su muñeca. Llevaba sandalias, sujetaba un bolso de paja debajo del brazo y la correa de cuero le colgaba del hombro.

Cliff contestó:

—Lo siento, estaba ayudando a esta señora.

—Lo siento, pero estoy completamente perdida —dijo la mujer, que se echó a reír. Luego añadió—: Lo siento mucho.

—Hizo un gesto con el mapa que sostenía en la mano, como si intentara explicar lo que era obvio: se había alejado de los jardines públicos hasta llegar al edificio administrativo cuyo techo él estaba reparando—. Nunca había visto a alguien cubriendo un techo con paja —concluyó, quizás con la intención de mostrarse amable.

Gordon, sin embargo, no estaba de humor para mostrarse amable. Estaba irritado y necesitaba paz y tranquilidad. No tenía tiempo para turistas.

—Intenta llegar a Monet's Pond —gritó Cliff desde abajo.

—Y yo intento colocar un puto reborde en este techo —respondió Gordon, aunque su voz apenas era audible. Hizo un gesto hacia el noroeste—. Hay un sendero junto a la fuente. La fuente con ninfas y faunos. Al llegar allí debe girar a la izquierda. Usted cogió la derecha.

—¿Sí? —contestó la mujer—. Bueno, eso es típico..., supongo.

Permaneció allí un momento, como si pensara que la conversación no había terminado. Llevaba gafas de sol y a Gordon se le ocurrió que el efecto general que producía la mujer era el de alguien famoso, tipo Marilyn Monroe, ya que sus curvas recordaban a esa actriz; no era como esas chicas delgadas como alfileres que uno solía ver. De hecho, al principio pensó que realmente podía tratarse de alguien famoso. Vestía como tal y se comportaba del modo apropiado: su expectativa de que cualquier hombre se mostraría más que dispuesto a dejar lo que estaba haciendo para conversar ansiosamente con ella lo demostraba.

—Ahora debería encontrar el camino sin problemas —le respondió brevemente.

—Ojalá eso fuese cierto —dijo ella. Luego añadió, en lo que a él le pareció un cometario un tanto ridículo—. No habrá ningún..., bueno, no habrá caballos allí, ¿verdad?

«¿Qué demonios...?», pensó Gordon. Entonces la mujer añadió:

—Es sólo que... les tengo bastante miedo a los caballos.

—Los ponis no le harán daño —contestó él—. Se mantendrán a distancia, a menos que intente darles algo de comer.

—Oh, yo nunca haría eso. —Aguardó un momento, como si esperase que Gordon dijese algo más, algo que él no tenía

ninguna intención de hacer. Finalmente, añadió—: Gracias, de todos modos.

Y eso fue todo por su parte.

La mujer se alejó en la dirección que Gordon le había indicado y, mientras caminaba, se quitó el sombrero y lo hizo balancear sosteniéndolo con las puntas de los dedos. Tenía el pelo rubio, cortado como un gorro alrededor de la cabeza y, cuando lo agitó, volvió a acomodarse en su sitio con un tenue brillo, como si tuviera vida propia y supiese que eso era lo que debía hacer. Gordon no era inmune a las mujeres, de modo que pudo comprobar que su andar era elegante. Pero no sintió ninguna conmoción en la entrepierna y tampoco en el corazón, y eso le alegró. Imperturbable ante las mujeres, así era como le gustaba sentirse.

Cliff se reunió con él en el andamio, tras llevar en la espalda dos fardos de paja.

—A *Tess* le ha gustado esa mujer —dijo, como si fuese una explicación de algo o, quizás, en defensa de la desconocida—. Podría ser el momento de volver a intentarlo, tío.

30

Gordon observaba cómo la mujer se alejaba cada vez más.

Sin embargo, no eran la atracción o la fascinación por esa mujer el motivo de que Gordon la siguiera con la mirada. La observaba para comprobar si tomaba la dirección correcta una vez llegase a la fuente de las ninfas y los faunos. No fue así. Gordon meneó la cabeza. «Es inútil», pensó. Antes de que se diese cuenta estaría en el prado donde pastoreaban las vacas, pero quizá fuese capaz de encontrar a alguien que la ayudase a llegar allí.

Cliff quería ir a tomar unas copas cuando acabara el día. Gordon no. Él no bebía. Por otra parte, nunca le había gustado la idea de intimar con sus aprendices. Además, el hecho de que Cliff tuviese sólo dieciocho años convertía a Gordon en alguien trece años mayor y, la mayor parte del tiempo, se sentía como si fuese su padre. O se sentía como «debería» sentirse un padre, supuso, ya que no tenía hijos y tampoco el deseo ni la expectativa de tenerlos algún día.

—Voy a llevar a *Tess* a dar un paseo —le dijo a Cliff—. Esta noche no se quedará quieta si no descarga un poco de energía.

—¿Estás seguro, tío? —preguntó Cliff.

—Creo que conozco bien a mi perra —dijo Gordon. Sabía que no se refería a *Tess*, pero le convenció la forma en que su comentario sirvió para cortar de raíz la conversación. A Cliff le gustaba demasiado hablar.

Gordon le dejó en la puerta de un pub en Minstead, una aldea escondida en un pliegue del terreno que estaba formado por una iglesia, un cementerio, una tienda, el pub y un grupo de viejas cabañas hechas de arcilla y paja situadas alrededor de un pequeño prado. Éste recibía la sombra de un viejo roble; cerca de él, pastaba un poni moteado. La cola recortada del animal había crecido desde el pasado otoño, cuando lo habían marcado. El poni no levantó la cabeza cuando la camioneta se detuvo ruidosamente no muy lejos de sus patas traseras. El animal, vivía desde hacía tiempo en el New Forest, y probablemente sabía que su derecho a pastar allí donde le apeteciera era anterior al derecho de la camioneta a recorrer los caminos de Hampshire.

—Hasta mañana entonces —dijo Cliff, que se marchó para reunirse con sus colegas en el pub.

Gordon le observó cuando se alejaba y, por ninguna razón especial, esperó hasta que la puerta se cerró tras él. Luego puso nuevamente en marcha la camioneta.

Se dirigió, como siempre, a Longslade Bottom. Con el tiempo había aprendido que los hábitos fijos dotaban de seguridad. Durante el fin de semana podía escoger otro lugar para adiestrar a *Tess*, pero al acabar el trabajo de cada día prefería elegir uno cercano a donde vivía. También le gustaba el gran espacio abierto de Longslade Bottom. Y en los momentos en que sentía la necesidad de estar solo, le agradaba el hecho de que Hinchelsea Wood ascendiera por la ladera de la colina que se alzaba justo por encima de él.

El prado se extendía desde un aparcamiento irregular. Gordon avanzó por él entre las sacudidas de la camioneta. *Tess*, en la parte de atrás, ladraba con excitación al anticipar las carreras que le esperaban.

En un día agradable como aquél, el suyo no era el único vehículo asomado al borde del prado: media docena de coches se alineaban como si se tratara de gatitos amamantando, frente a la extensión de terreno abierto donde, a la distancia, podía ver-



se pastando un rebaño de ponis, cinco potrillos entre ellos. Los ponis, acostumbrados tanto a la gente como a la presencia de otros animales, permanecían tranquilos ante los ladridos de los perros que ya correteaban por el prado. Pero en cuanto Gordon los vio a unos cien metros de distancia, supo que una carrera libre por la hierba cortada al ras no era aconsejable para su perra. *Tess* tenía una debilidad por los ponis salvajes del Forest. A pesar de que uno de ellos la había pateado, de que otro la había mordido, y de que Gordon la había regañado duramente una y otra vez, la perra se negaba a entender que su misión en la vida no era la de perseguir a esos pequeños caballos.

*Tess* ya estaba ansiosa. Gemía y se relamía por anticipado ante el desafío próximo. Gordon casi podía leer su mente canina: «¡Y también hay potrillos! ¡Malvados! ¡Qué divertido!».

—Ni se te ocurra —dijo Gordon y buscó la correa dentro de la camioneta. La sujetó al collar y luego soltó a *Tess*.

La perra se lanzó hacia delante plena de optimismo. Cuando Gordon tiró de la correa se produjo un intenso drama mientras *Tess* tosía y respiraba con dificultad. Gordon pensó, no sin resignación, que era un típico atardecer de paseo con su perra.

—No tienes el cerebro que Dios te dio, ¿verdad? —le preguntó. *Tess* lo miró, meneó la cola y sonrió como sonríen los perros—. Eso que haces puede que haya funcionado una vez —siguió—, pero ahora no te dará resultado.

Llevó a la golden retriever hacia el noreste, decididamente lejos de los ponis y sus potrillos. *Tess* fue con él, pero dispuesta a cualquier forma de manipulación que pudiese intentar. Miraba repetidamente por encima del hombro y gemía, obviamente con la esperanza de que su dueño cambiara de opinión. No lo consiguió.

Longslade Bottom comprendía tres áreas: el prado donde pastaban los ponis; una zona de arbustos hacia el noroeste, donde florecían brezos negros y morados; y un cenagal central, donde unos cojines amorfos de musgo absorbían el agua en movimiento mientras las flores de los tréboles de agua crecían en estallidos blancos y rosados de rizomas que emergían de las charcas poco profundas. Un sendero que nacía en el aparcamiento llevaba a los caminantes por la ruta más segura a través del cenagal y, a lo largo de este camino, las cabezas

plumosas de los juncos lanudos formaban grandes matas de hierba en la tierra turbosa.

Gordon se dirigió en esta última dirección, donde el sendero que atravesaba el cenagal los llevaría colina arriba, hasta alcanzar Hinchelsea Wood. Cuando llegasen al bosque podría soltar a la perra. Los ponis estarían fuera de su vista y, para *Tess*, fuera de vista significaba fuera de su mente. Poseía esa admirable cualidad: podía vivir totalmente en el presente.

El solsticio de verano no estaba lejos, de modo que el sol aún estaba alto en un cielo sin nubes, a pesar de la hora del día. Su luz destellaba contra los cuerpos iridiscentes de las libélulas y sobre el brillante plumaje de los frailecillos que levantaban el vuelo cuando Gordon y la perra pasaban junto a ellos. Una ligera brisa trasladaba la rica fragancia de la turba y la vegetación descompuesta que la había creado. Toda la atmósfera estaba viva, desde la llamada áspera de los zarapitos hasta los gritos de los dueños de los perros en el prado.

Gordon mantuvo a *Tess* cerca de él. Comenzaron a ascender hacia Hinchelsea Wood y dejaron atrás el prado y el cenagal. Cuando pensó en ello, Gordon decidió que, de todos modos, el bosque era la mejor opción para un paseo vespertino. En los senderos que discurrían debajo de los árboles el aire sería fresco, con las hayas y los robles que exhibían todo su follaje veraniego, y los castaños dulces, que proporcionaban un resguardo adicional. Después de un día soportando el calor, cargando carrizos y fardos de paja hasta el tejado, Gordon estaba deseando tomarse un respiro del sol.

Soltó a la perra cuando llegaron a los dos cipreses que señalaban la entrada oficial al bosque y la observó hasta que desapareció entre los árboles. Sabía que acabaría regresando. Falta poco para la hora de la cena y *Tess* no era una perra que se perdiera sus comidas.

Él también continuó andando, con la mente ocupada. Aquí, en el bosque, nombraba los árboles. Había sido un estudioso del New Forest desde que llegó por primera vez a Hampshire y, después de una década, conocía el Perambulation, su carácter y su legado mejor que la mayoría de los lugareños.

Después de haber andado un trecho decidió sentarse en el tronco de un aliso caído, no muy lejos de un bosquecillo de ace-

bo. Aquí los rayos del sol se filtraban a través de las ramas de los árboles, moteando un terreno de consistencia esponjosa después de años de abono natural. Gordon continuó con su costumbre de nombrar los árboles a medida que los veía y luego siguió con las plantas. Pero había muy pocas, porque el bosque formaba parte de la tierra de pastoreo y era visitado por ponis, asnos y gamos. En abril y mayo los animales disfrutarían de un auténtico banquete con los tiernos brotes de los helechos, moviéndose alegremente entre éstos y las flores silvestres, los alisos jóvenes y los brotes de las nuevas zarzas. Los animales, por lo tanto, convertían en un desafío la actividad mental de Gordon. Esculpían el paisaje de manera que caminar por el bosque, a través de los árboles, era una tarea muy simple y no el reto que implicaba recorrer un sendero sorteando la maleza.

Oyó los ladridos de la perra y prestó atención. No estaba preocupado, ya que reconocía los diferentes ladridos de *Tess*. Éste era uno alegre, el que emitía para saludar a un amigo o a un palo lanzado en Hatcher Pond. Se levantó y miró en la dirección de la que provenían los ladridos. El sonido se acercó y, mientras lo hacía, alcanzó a oír una voz que lo acompañaba, la voz de una mujer. Poco después la vio aparecer entre los árboles.

34

Al principio no la reconoció, ya que se había cambiado de ropa. Había sustituido el vestido de verano, el sombrero de sol y las sandalias por unos pantalones caqui y una camisa de manga corta. Aún llevaba puestas las gafas de sol —él también, ya que el día seguía siendo soleado y luminoso— pero su calzado aún era completamente inadecuado para lo que estaba haciendo. Aunque había prescindido de las sandalias, las había reemplazado por unas botas de goma de caña alta, una elección muy extraña para un paseo en pleno verano, a menos que su intención fuese caminar a través del cenagal.

—Ya me parecía que se trataba del mismo perro. Es la cosa más dulce del mundo —dijo ella.

Podría haber pensado que le había seguido a Longsdale Bottom y Hinchelsea Wood, salvo por el hecho evidente de que había llegado allí antes que él. La mujer salía del bosque; él estaba entrando. Desconfiaba de la gente, pero se negaba a mostrarse paranoico.

—Usted estaba buscando Monet's Pond.

—Lo encontré —contestó ella—. Aunque no sin acabar primero en una zona de pastoreo de vacas.

—Sí —dijo él.

La mujer ladeó la cabeza. Su pelo volvió a reflejar la luz, como lo había hecho en Boldre Gardens. Él se preguntó, estúpidamente, si se habría hecho mechadas. Nunca había visto un pelo con ese brillo.

—¿Sí? —repitió ella.

Él balbuceó al responder.

—Lo sé. Quiero decir, sí, lo sé. Pude adivinarlo. Por el camino que tomó.

—Oh, de modo que me estaba observando desde ese tejado, ¿verdad? Espero que no se haya echado a reír. Habría sido muy cruel.

—No.

—Bueno, soy un desastre leyendo mapas y no mucho mejor con las indicaciones, de modo que no es ninguna sorpresa que volviese a perderme. Al menos no me topé con ningún caballo.

Él miró a su alrededor

—Éste no es un buen lugar para pasear, ¿no cree? Sobre todo si no se le dan bien los mapas y las indicaciones.

—¿En el bosque, quiere decir? Pero no me ha faltado ayuda. —Hizo un gesto hacia el sur y él pudo ver que estaba señalando hacia la cima de una colina distante donde se alzaba un enorme roble, más allá del bosque—. Cuando entré en el bosque mantuve ese árbol siempre a la vista y a mi derecha, y ahora que se encuentra a mi izquierda estoy bastante segura de que me dirijo hacia el aparcamiento. De modo que, como puede ver, a pesar de tropezarme con ese sitio donde colocan paja en los tejados y meterme en un campo donde pastan las vacas, no estoy completamente perdida.

—Ese árbol es de Nelson —dijo él.

—¿Qué? ¿Quiere decir que alguien es el dueño de ese árbol? ¿Se encuentra en una propiedad privada?

—No. Es tierra de la Corona. Se llama el «roble de Nelson». Se supone que lo plantó él. Lord Nelson, quiero decir.

—Ah. Entiendo.

La observó más detenidamente. Acababa de hacer una mueca con los labios, y a él se le pasó por la cabeza que quizá no supiera realmente quién era Lord Nelson. Hoy había gente de esa edad que no lo sabía. Para ayudarla sin colocarla en una situación incómoda, dijo:

—El almirante Nelson hizo construir sus barcos en los astilleros de Buckler's Hard. Más allá de Beaulieu. ¿Conoce ese lugar? ¿En el estuario? Empleaban una enorme cantidad de madera, de modo que tuvieron que comenzar a reforestar el bosque. Es probable que Nelson no plantase ningún roble con sus propias manos, pero, de todos modos, el árbol está asociado a su nombre.

—No soy de aquí —dijo ella—. Aunque me imagino que ya se ha dado cuenta de eso. —Extendió la mano—. Gina Dickens. Ninguna relación. Sé que ella es *Tess* —añadió con una leve inclinación de la cabeza mirando a la perra, que se había instalado alegremente junto a Gina—, pero no cómo se llama usted.

—Gordon Jossie —dijo él, y le estrechó la mano. La suavidad del tacto le recordó cuán ásperas estaban sus manos por el trabajo. Y qué sucias, considerando que se había pasado todo el día en ese tejado—. Lo había supuesto.

—¿Qué?

—Que no era de por aquí.

—Sí. Bueno, supongo que los lugareños no se pierden tan fácilmente como yo, ¿verdad?

—No es eso. Sus pies.

Ella bajó la vista.

—¿Qué pasa con ellos?

—Las sandalias que llevaba puestas en Boldre Gardens y ahora eso —dijo él—. ¿Por qué se ha puesto esas botas de goma? ¿Piensa meterse en la zona del pantano o algo así?

Ella volvió a hacer ese gesto con la boca. Él se preguntó si eso significaba que estaba tratando de contener la risa.

—Usted es una persona de campo, ¿verdad?, de modo que pensará que soy tonta. Es por las víboras —dijo—. He leído que hay víboras en el New Forest y no quería toparme con uno de esos bichos. Ahora se reirá de mí, ¿no es cierto?

Él no tuvo más remedio que sonreír.

—Entonces, ¿espera encontrar serpientes en el bosque? —No aguardó a que le respondiera—. Están entre los matorra-

les. Se quedarán allí donde haya más sol. Podría ocurrir que se topase con una de ellas en el sendero que atraviesa el cenagal, aunque es poco probable.

—Veo que tendría que haberle consultado antes de cambiarme de ropa. ¿Ha vivido siempre aquí?

—Desde hace diez años. Vine desde Winchester.

—¡Yo también! —Ella desvió la mirada en la dirección de donde había llegado y dijo—: ¿Puedo acompañarle durante un trecho, Gordon Jossie? No conozco a nadie en este lugar y me encantaría hablar con alguien, y puesto que parece inofensivo y está acompañado de la más dulce de las perras...

Él se encogió de hombros.

—Como guste. Pero yo sólo sigo a *Tess*. No necesitamos seguir andando. Ella entrará en el bosque y regresará cuando esté lista..., quiero decir, si prefiere sentarse en lugar de caminar.

—Oh, sí, mejor nos sentamos. A decir verdad, ya he caminado demasiado.

Él señaló el tronco donde había estado sentado cuando ella apareció entre los árboles. Se sentaron separados por una prudente distancia, pero *Tess* no se alejó, como Gordon pensó que haría. En lugar de eso, la perra se acomodó junto a Gina. Suspiró y apoyó la cabeza sobre las patas.

—Usted le gusta —dijo él—. Los lugares vacíos necesitan llenarse.

—Una gran verdad.

Parecía apesadumbrada, de modo que Gordon le hizo la pregunta obvia. No era habitual que alguien de su edad se mudase al campo. Los jóvenes acostumbraban a emigrar en la dirección opuesta.

—Bueno, sí. Fue por una relación que acabó «muy» mal. —Pero lo dijo con una sonrisa—. De modo que aquí estoy. Espero poder trabajar con adolescentes embarazadas. Eso es lo que hacía en Winchester.

—¿De verdad?

—Parece sorprendido. ¿Por qué?

—No parece mucho mayor que una adolescente.

Ella deslizó las gafas de sol por el puente de la nariz y le miró por encima de los cristales.

—¿Está coqueteando conmigo, señor Jossie? —preguntó.

Él sintió una ráfaga de calor en el rostro.

—Lo siento. No era mi intención...

—Oh. Lástima. Pensé que quizás sí lo era. —Se colocó las gafas en la parte superior de la cabeza y le miró abiertamente. Pudo comprobar que sus ojos no eran azules ni verdes, sino de un color intermedio, indefinible e interesante—. Se está sonrojando. Nunca había hecho sonrojar antes a un hombre. Es muy dulce. ¿Se ruboriza a menudo?

Gordon sintió que la sensación de calor aumentaba. Él no «tenía» esta clase de conversaciones con las mujeres. No sabía qué hacer con ellas: las mujeres o las conversaciones.

—Le estoy incomodando. Lo siento. No era mi intención. A veces gasto bromas. Es una mala costumbre. Tal vez pueda ayudarme a romperla.

—Gastar bromas no es malo —dijo él—. Estoy más..., estoy un poco confundido. Yo, principalmente..., cubro con paja los tejados.

—¿Todos los días?

—Más o menos.

—¿Y para divertirse? ¿Para relajarse? ¿Para distraerse?

Él hizo un gesto con la cabeza señalando a *Tess*.

—Hmmm. Entiendo. —Se inclinó hacia la perra y la acarició donde más le gustaba, justo en la parte exterior de las orejas. Si la retriever hubiese sido capaz de ronronear, lo habría hecho. Gina pareció haber tomado una decisión, ya que, cuando alzó la vista, su expresión era pensativa—. ¿Le gustaría ir a tomar algo conmigo? Como ya he dicho antes, no conozco a nadie en este lugar y usted «sigue» pareciéndome alguien inofensivo, y como «yo» soy inofensiva y como tiene una perra encantadora... ¿Le gustaría?

—En realidad, no bebo.

Ella enarcó las cejas.

—¿No ingiere ninguna clase de líquidos? Eso no es posible.

Él sonrió, a pesar de sí mismo, pero no contestó.

—Pensaba tomar una limonada —dijo ella—. Yo tampoco bebo. Mi padre... Él bebía mucho, de modo que me mantengo alejada del alcohol. Eso me convirtió en una inadaptada en el colegio, aunque en el buen sentido, creo. Siempre me gustó ser diferente de los demás.

Luego se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones. *Tess* también se levantó y agitó la cola. Era evidente que la perra había aceptado la impulsiva invitación de Gina Dickens. A Gordon no le quedó más alternativa que hacer lo mismo.

No obstante, dudó un momento. Prefería mantenerse a distancia de las mujeres, pero ella no le estaba proponiendo una relación, ¿verdad? Y, por el amor de Dios, parecía bastante inofensiva. Su mirada era franca y amistosa.

—Hay un hotel en Sway —dijo él.

Gina pareció sorprendida y él se dio cuenta de cómo había sonado ese comentario. Con las orejas encendidas, dijo.

—Quiero decir que Sway está muy cerca de aquí y en el pueblo no hay ningún pub. Todo el mundo utiliza el bar del hotel. Puede acompañarme hasta allí y tomar algo conmigo.

La expresión de ella se suavizó.

—Creo que es usted un hombre realmente encantador.

—Oh, no creo que eso sea verdad.

—Lo es, de veras.

Echaron a andar. *Tess* caminaba delante de ellos y entonces, en un acto prodigioso que Gordon no olvidaría fácilmente, la perra esperó en el límite del bosque donde el sendero comenzaba a descender por la ladera de la colina en dirección al cenagal. Vio que *Tess* estaba esperando a que le sujetara la correa al collar. Ése fue el primer indicio. No era un hombre que buscara señales, pero ésta parecía indicarle lo que debía hacer a continuación.

Cuando llegaron a donde estaba *Tess*, él ajustó la correa en el collar y se la dio a Gina al tiempo que le preguntaba:

—¿Qué quiso decir con ninguna relación? —Ella juntó las cejas. Gordon continuó—: Ninguna relación. Eso fue lo que añadió cuando me dijo su nombre.

Otra vez esa expresión. Era suavidad y algo más, y hacía que se mostrase cauteloso, aunque deseaba acercarse a ella.

—Charles Dickens —dijo Gina—. El escritor. No tengo ningún parentesco con él.

—Oh —dijo él—. Yo no... No leo mucho.

—¿No? —preguntó ella mientras descendían por la ladera de la colina. Enlazó la mano a través del brazo de Gordon mientras *Tess* los guiaba—. Me temo que tendremos que hacer algo al respecto.





JULIO



Cuando Meredith Powell se despertó y vio la fecha en el despertador digital, tomó conciencia de cuatro hechos en cuestión de segundos: ese día cumplía veintiséis años; era su día libre; era el día para el que su madre había sugerido un programa de abuela-arruina-la-aventura-de-su-única-nieta; y era la oportunidad perfecta para disculparse con su mejor y más antigua amiga por una pelea que les había impedido ser las mejores y más viejas amigas durante casi un año. Lo último se le ocurrió porque Meredith siempre compartía su cumpleaños con esta mejor y más vieja amiga. Ella y Jemima Hastings habían sido inseparables desde que tenían seis años y habían celebrado sus cumpleaños juntas desde el octavo en adelante. Meredith sabía que si hoy no arreglaba las cosas con Jemima, probablemente no lo haría nunca, y si tal cosa sucedía, una tradición que ella valoraba profundamente quedaría destruida. No quería eso. No era fácil conseguir buenos amigos.

El cómo se disculparía le llevó un poco más de tiempo. Meredith pensó en ello mientras se duchaba. Se decidió por un pastel de cumpleaños. Lo prepararía ella, lo llevaría a Ringwood y se lo entregaría a Jemima junto con su sincera disculpa y el reconocimiento de que había obrado mal. No insistiría en la disculpa y en la admisión de culpa; sin embargo, no haría mención alguna a la pareja de Jemima, que había sido la causa de la discusión. Porque sabía que sería inútil. Simplemente se tenía que enfrentar a que Jemima siempre había sido una romántica cuando se trataba de tíos, mientras que ella —Meredith— tenía la completa y absolutamente innegable experiencia de sa-

ber que los hombres eran sólo animales vestidos de humanos, que quieren a las mujeres para el sexo, la maternidad y como amas de casa. Si sólo fuesen capaces de «decirlo», en lugar de fingir que están desesperados por encontrar otra cosa, las mujeres con las que se liaban podrían elegir con mayor conocimiento acerca de cómo querían vivir sus vidas, en lugar de creer que están «enamoradas».

Meredith desdeñaba toda idea del amor. Había estado allí, había hecho eso, y el resultado era Cammie Powell: cinco años, la luz de los ojos de su madre, sin padre y con todas las probabilidades de que siguiera siendo así.

En ese momento, Cammie estaba aporreando la puerta del baño y gritando:

—¡Mami! ¡Mammmmmmmmmmmiiiiiiii! La abuela dice que hoy iremos a ver las nutrias y comeremos polos y hamburguesas. ¿Tú también vendrás? Porque también hay búhos. Dice que un día iremos al hospital de los erizos, pero que es un viaje muy largo y que para eso tengo que ser mayor. La abuela cree que te echaré de menos, eso es lo que ella dice, pero tú podrías venir con nosotras, ¿verdad? ¿Podrías hacerlo, mami? ¡Mammmmmmmmmmmiiiiiiii?

44

Meredith sonrió. Cammie se despertaba cada mañana en la modalidad de monólogo total y, generalmente, no paraba de hablar hasta que llegaba la hora de irse otra vez a la cama. Mientras se secaba con la toalla, Meredith le preguntó:

—¿Ya has desayunado, cariño?

—Me he olvidado —le informó Cammie. Meredith oyó un sonido áspero y supo que su hija estaba arrastrando las pantuflas—. Pero, de todos modos, la abuela dice que tienen bebés. Nutrias bebés. Dice que cuando sus mamás se mueren, o cuando se las comen, necesitan que alguien los cuide, y eso es lo que hacen en el parque. El parque de las nutrias. ¿Qué comen las nutrias, mami?

—No lo sé, Cam.

—Algo tienen que comer. Todas las cosas comen todo. O algo. ¿Mami? ¡Mammmmmmmmmmmiiiiiiii?

Meredith se encogió de hombros dentro del albornoz y abrió la puerta. Cammie estaba allí, su viva imagen cuando tenía cinco años. Era demasiado alta para su edad y, como Mere-

dith, excesivamente delgada. Era un auténtico regalo, pensó, que Cammie no se pareciera en lo más mínimo al inútil de su padre. Su padre había jurado que jamás la vería si Meredith era «una terca y sigues adelante con este embarazo, porque, por el amor de Dios, tengo una esposa, pequeña estúpida. Y dos hijos. Y tú lo sabías jodidamente bien, Meredith».

—Ahora nos daremos el abrazo de la mañana, Cammie —le dijo Meredith a su hija—. Después quiero que me esperes en la cocina. Tengo que preparar un pastel. ¿Querrás ayudarme?

—La abuela está haciendo el desayuno en la cocina.

—Espero que haya espacio para dos cocineras.

Y así fue. Mientras la madre de Meredith trabajaba en las hornallas, revolviendo los huevos y controlando el beicon, Meredith comenzó a preparar el pastel. Era un procedimiento bastante sencillo, ya que utilizó una mezcla envasada que su madre desdeñó haciendo chasquear la lengua cuando Meredith volcó el contenido dentro de un cuenco.

—Es para Jemima —le dijo Meredith.

—Es como si llevaras agua a un río —observó Janet Powell.

Bueno, por supuesto que sí, pero no podía evitarlo. Además, la intención era lo importante, no el pastel en sí. Aparte de eso, incluso trabajando desde cero con ingredientes suministrados por alguna diosa de la despensa, Meredith nunca habría podido igualar lo que Jemima era capaz de conseguir con harina, huevos y todo lo demás. De modo que, ¿para qué intentarlo? Después de todo no se trataba de un concurso. Era una amistad que necesitaba ser rescatada.

Abuela y nieta habían partido hacia su aventura con las nuntas, y el abuelo ya se había marchado a trabajar cuando Meredith acabó finalmente de cocinar el pastel. Había elegido hacerlo de chocolate con un baño también de chocolate. Le había quedado ligeramente inclinado hacia un lado y un poco hundido en el medio..., bueno, para eso estaba precisamente el baño que se le aplicaba al pastel, ¿verdad? Utilizado generosamente y con muchos toques decorativos servía para ocultar un montón de errores.

El calor que emitía el horno había elevado la temperatura en la cocina, de modo que Meredith decidió que debía ducharse otra vez antes de salir hacia Ringwood. Luego, como era su